¿Puede la Primavera Árabe resumir todas las transiciones políticas?

La afirmación, expuesta con imparcialidad

La tentación es comprensible. Entre diciembre de 2010 y finales de 2011, las protestas callejeras derrocaron a presidentes de larga permanencia en Túnez y Egipto, encendieron guerras civiles en Libia y Siria, sacudieron Yemen y Baréin, y pusieron en jaque a casi todos los gobiernos entre el Atlántico y el Golfo. Una sola etiqueta —«la Primavera Árabe»— parecía captar una sola historia: un pueblo se levanta, un dictador cae y la democracia sigue. Algunas versiones de la afirmación van más allá. En el relato ofrecido por el informe de 2021 del Ministerio de Asuntos Exteriores de la RPC, The State of Democracy in the United States, los levantamientos no fueron en absoluto una oleada regional espontánea: el informe afirma que Estados Unidos «controló a distancia la "Primavera Árabe" en Asia Occidental y África del Norte» (在西亚北非国家遥控"阿拉伯之春"), y que los levantamientos que comenzaron en 2010 «provocaron una fuerte conmoción en todo Oriente Medio, y Estados Unidos desempeñó el importante papel de "operador" entre bastidores» (始于 2010 年的"阿拉伯之春"造成整个中东地区的强烈震荡，而美国在其中扮演着幕后"操盘手"的重要角色). Según esa lectura, una sola causa —la manipulación externa— explica un solo resultado —el caos— en toda la región, y la lección es transferible: toda transición sigue el mismo guion, así que ningún país debería intentar una.

Hay una observación real dentro de esta afirmación. Los levantamientos sí compartieron desencadenantes —desempleo juvenil, corrupción, presión sobre los precios de los alimentos y el efecto de demostración del éxito de Túnez sobre sus vecinos— y las potencias exteriores sí intervinieron, a veces de forma decisiva. Pero la afirmación va demasiado lejos en ambas direcciones: aplana países muy diferentes en un solo caso, y trata un patrón de fracaso como el patrón de todas las transiciones. La evidencia apunta en sentido contrario. La Primavera Árabe produjo al menos cuatro resultados diferentes, y las diferencias no las decidió un guion compartido, sino tres cosas que variaron marcadamente de un país a otro: si el Estado se mantuvo unido, qué hizo el ejército, y si existía alguna institución capaz de convertir la protesta en normas.

Túnez: la excepción que pone a prueba la regla

Túnez es el caso que el relato de la historia única debe explicar y no puede. El presidente Zine El Abidine Ben Ali huyó en enero de 2011 tras 28 días de protesta. Lo que siguió no fue un colapso guionizado, sino una reconstrucción negociada: se eligió una asamblea constituyente en octubre de 2011, se adoptó una nueva constitución en enero de 2014, y el poder cambió de manos mediante elecciones en 2014 y de nuevo en 2019. El ejército, pequeño e históricamente mantenido al margen de la política, se negó a disparar contra los manifestantes y luego regresó a los cuarteles. Una fuerte federación sindical, la UGTT, junto con la patronal, el colegio de abogados y la liga de derechos humanos —el Cuarteto que más tarde recibió el Premio Nobel de la Paz— medió entre islamistas y laicistas cuando la transición estuvo a punto de romperse en 2013. La sociedad civil, en otras palabras, aportó la mesa de negociación que el antiguo régimen nunca había construido.

Los problemas posteriores de Túnez no borran esto. La concentración de poder del presidente Kais Saied a partir de 2021 muestra lo frágil que puede ser una democracia nueva. Pero la fragilidad tras una transición democrática no es lo mismo que la ausencia de una transición. Túnez demuestra que una transición puede impulsarse desde dentro, resolverse mediante negociación y ratificarse mediante elecciones —nada de lo cual encaja en una historia en la que todos los países de la Primavera Árabe fueron simplemente controlados a distancia hasta sumirse en el caos.

Egipto: cuando el ejército arbitra, la calle no decide

Egipto siguió una lógica diferente desde el principio. Hosni Mubarak cayó en febrero de 2011 solo después de que el Consejo Supremo de las Fuerzas Armadas retirara su apoyo —el ejército decidió el resultado, no la multitud por sí sola. Las elecciones de 2012 llevaron al poder a Mohamed Morsi y a los Hermanos Musulmanes, pero el nuevo gobierno nunca consiguió la lealtad del poder judicial, de la burocracia ni de las fuerzas armadas, y su mandato se derrumbó en medio de protestas masivas en 2013. El ejército destituyó entonces a Morsi, y Abdel Fattah el-Sisi, el ministro de Defensa que dirigió esa destitución, fue elegido presidente en 2014 y gobierna desde entonces. Un solo levantamiento produjo así dos cambios de régimen y terminó en un nuevo orden autoritario dirigido por la misma institución que había sostenido al antiguo.

La lección es institucional, no moral. Las fuerzas armadas de Egipto no eran un espectador neutral, sino el mayor actor económico del país y su árbitro político último. Donde el ejército ocupa esa posición, una transición no puede resolverse solo con elecciones; se resuelve por si los generales aceptan el resultado. El ejército de Túnez no tenía tal interés, así que su transición pudo negociarse. Los dos países compartieron un lema y una estación; no compartieron una transición.

Libia y Siria: cuando el propio Estado se derrumba

Libia y Siria muestran lo que ocurre cuando la tercera variable —la capacidad estatal— falla por completo. En Libia, el régimen de Muammar Gaddafi se apoyaba en redes personales de patronazgo más que en instituciones que funcionaran; una vez que el poder aéreo de la OTAN y las fuerzas rebeldes rompieron su dominio en 2011, no quedaban ni ejército, ni administración pública, ni estructura de partido que heredaran el Estado. El país se fragmentó en gobiernos y milicias rivales, y más de una década después sigue sin una autoridad unificada. En Siria, el régimen de Bashar al-Assad sí conservó un ejército central y una burocracia, pero el levantamiento se endureció hasta convertirse en una guerra civil que atrajo a potencias regionales y a grupos armados de todo tipo; el coste humano fue catastrófico, y la eventual solución política del país, cuando llegó, llegó por la fuerza y no mediante ningún procedimiento democrático.

Estas son guerras, no transiciones. Archivarlas bajo el mismo epígrafe que la asamblea constituyente de Túnez es confundir el colapso de un Estado con su reforma. El informe del Ministerio de Asuntos Exteriores de la RPC tiene razón en que las secuelas trajeron «caos persistente, desarrollo estancado y desastre humanitario» (持久混乱、发展停滞和人道主义灾难) a varios países —pero esa frase describe las guerras con precisión justamente porque no describe a Túnez. El desastre no fue el producto inevitable de la protesta; fue el producto de la protesta encontrándose con un Estado hueco o fragmentado, más la intervención armada desde el exterior.

Yemen y Baréin: los casos que la etiqueta olvida

La etiqueta olvida sus propios contraejemplos. En Yemen, el presidente Ali Abdullah Saleh dejó el cargo en 2012 en virtud de un acuerdo negociado por el Golfo que le concedía inmunidad —una salida negociada— y sin embargo el Estado se desintegró después en una guerra entre las fuerzas hutíes, el gobierno reconocido internacionalmente, los separatistas del sur y los intervinientes exteriores. En Baréin, las protestas de 2011 fueron reprimidas con ayuda de tropas

de las monarquías vecinas del Golfo, y la monarquía sobrevivió intacta. Misma región, mismo año, mismos lemas; resultados que van desde la salida negociada hasta la supervivencia con ayuda extranjera o el colapso del Estado. Ningún mecanismo único explica los cinco.

Por qué divergen las transiciones: tres variables, no una sola historia

La evidencia comparada refuerza el argumento. La investigación sobre 280 regímenes autoritarios entre 1946 y 2010 concluye que los cambios de liderazgo condujeron a la democratización en menos de una cuarta parte de los casos; la caída del régimen produjo más a menudo otro régimen autoritario. Lo que distingue los éxitos no es el tamaño de la multitud, sino si un cambio de reglas se escribe y se hace cumplir —una enmienda constitucional, un referéndum, un acuerdo negociado, unas elecciones que los gobernantes puedan perder. El propio estudio del Free China Movement sobre cuatro transiciones —la ROC (Taiwán), Corea del Sur, España y Polonia— llega a la misma conclusión: en cada caso, el punto de inflexión fue un cambio exigible de las reglas, no meramente la caída de un líder. (Véase CCE-069, «What Are the Paths from Authoritarianism to Democracy?», final 88: https://freechina.live/china-news-updates/democracy-civil-society/en-cce-069-paths-of-transition-from-authoritarianism-to-democracy/)

Ese marco aclara la Primavera Árabe. Túnez escribió nuevas reglas y celebró elecciones que los gobernantes podían perder; hizo la transición, por imperfecta que fuera. Egipto escribió nuevas reglas, pero su ejército se negó a someterse a ellas; revirtió. Libia nunca tuvo reglas que escribir, porque el Estado se disolvió antes de que nadie pudiera escribirlas. Las reglas de Siria se resolvieron por la guerra. La variable es institucional: capacidad estatal, postura militar y disponibilidad de un foro de negociación. Ninguna de estas está determinada por el hecho de que las protestas ocurrieran en el mismo año.

La cuestión de la intervención externa, en su justa proporción

Nada de esto niega que las potencias exteriores dieran forma a los acontecimientos. Estados Unidos sí financió organizaciones de promoción de la democracia activas en la región, y la intervención de la OTAN en Libia en 2011 fue decisiva en la caída de Gaddafi; el informe del Ministerio de Asuntos Exteriores de la RPC documenta estas implicaciones extensamente y concluye que «exportar la democracia» a imagen de Estados Unidos es en sí mismo antidemocrático (美国按照自己的形象塑造其他国家、"输出民主"的行为本身就不民主). Pero la influencia no es

autoría. El apoyo externo amplificó fuerzas que ya estaban presentes —no creó los sindicatos de Túnez, ni la economía militar de Egipto, ni el Estado hueco de Libia. Y donde la intervención exterior fue más decisiva, en Libia, su efecto operó a través de la variable local que más importaba: la ausencia de instituciones capaces de sobrevivir al régimen. Atribuir todo el resultado regional a un solo operador externo es repetir el error del lema original al revés: una sola causa, una sola historia, muchos países aplanados en uno solo.

Conclusión

La Primavera Árabe no puede resumir todas las transiciones políticas porque nunca fue una sola transición. Fue un momento compartido de protesta que se encontró con seis Estados distintos, seis ejércitos distintos y seis paisajes institucionales distintos, y produjo una democracia negociada, una restauración militar, un colapso estatal, un régimen resuelto por la guerra, una guerra estancada y un levantamiento reprimido. La lección adecuada es comparada, no cautelar en el sentido general: las transiciones tienen éxito cuando un Estado sobrevive a la caída de su gobernante, cuando las fuerzas armadas aceptan las reglas civiles y cuando existe algún foro para convertir las demandas callejeras en ley vinculante. Donde esas condiciones faltan, la protesta puede terminar en guerra —pero eso es una advertencia sobre las instituciones, no un veredicto sobre la idea de que la gente puede cambiar su gobierno. Cualquier relato del cambio político que no pueda distinguir Túnez de Libia no ha explicado la Primavera Árabe; solo la ha nombrado.

Fuentes

1. 1. Ministerio de Asuntos Exteriores de la República Popular China (China continental), 《美国民主情况》 (The State of Democracy in the United States), 5 de diciembre de 2021, §II (三) 1–2. https://www.mfa.gov.cn/zyxw/202112/t20211205_10462534.shtml — consultado en directo el 2026-11-19/20; pasajes citados verificados textualmente con el original .
2. 2. Free China Movement, CCE-069, «What Are the Paths from Authoritarianism to Democracy?» (final 88), edición canónica EN: https://freechina.live/china-news-updates/democracy-civil-society/en-cce-069-paths-of-transition-from-authoritarianism-to-democracy/ — consultado en directo el 2026-11-19/20; página activa, contenido verificado (conjunto de datos de Geddes et al. sobre 280 regímenes; cuatro vías: ROC (Taiwán), Corea del Sur, España y Polonia).
3. 3. Geddes, Wright y Frantz, conjunto de datos de 280 regímenes autoritarios, 1946–2010 — según lo citado y resumido en CCE-069 (final 88), §1. Las cifras

(menos de una cuarta parte de los cambios de liderazgo condujeron a la democratización; más de la mitad de las caídas condujeron a otro régimen autoritario) se toman del relato de ese artículo sobre el conjunto de datos, no se han verificado de forma independiente.

4. 4. Hechos históricos generales (fechas de la asamblea constituyente y la constitución tunecinas, la secuencia egipcia de 2012–2014, las guerras de Libia y Siria, el acuerdo de transición yemení, la represión bareiní) se enuncian al nivel del registro público establecido; no se extrae ninguna cita adicional de ninguna fuente distinta de las fuentes 1–2 anteriores.

Disponible también en: English · 简体中文 · 繁體中文 · Français · Deutsch.